

Sören Kierkegaard

In vino veritas

Introducción de Jorge del Palacio

Traducción directa del danés y notas
de Demetrio Gutiérrez Rivero



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *In vino veritas*

Primera edición: 2009
Segunda edición: 2015
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Pietro Bellotti: *El viejo bebedor* (Castello Sforzesco, Milán)
© Bridgeman / ACI
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y notas: Herederos de Demetrio Gutiérrez Rivero
© de la introducción: Jorge del Palacio Martín, 2009
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8772-8
Depósito legal: M. 4.843-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Jorge del Palacio
- 27 In vino veritas

Introducción

Y estos discursos, según el lema, deberían estar hechos y ser pronunciados in vino, de la misma manera que cualquier verdad proclamada en ellos no podría ser diferente de la que reside in vino, puesto que el vino es la defensa de la verdad, como ésta es la apología del vino.

In vino veritas

Vida y obra

Sören Aabye Kierkegaard (Copenhague, 1813-1855) fue el último de siete hermanos. Fue «el hijo de la vejez», como a él le gustaba apuntar. Ni su niñez ni sus años mozos fueron fáciles, pues en su casa pocas veces reinó la alegría. Su padre era un comerciante de orígenes humildes que prosperaba en la capital danesa. Estaba casado con la hermana de un compañero de negocios, pero antes siquiera de alcanzar los dos años de matrimonio envidó. Sin embargo, el lugar de su esposa no tardaría en ser ocupado. La de su mujer no había sido la única presencia femenina en la casa. Entre el personal de servicio había una joven que trabajaba como doncella. La muchacha era una pariente lejana del comerciante. A poco de quedar viudo, éste la dejó embarazada y tuvo que hacerse cargo de ella. Se casaron, pero no fue un matrimo-

nio por amor. El padre de Kierkegaard, hombre austero y de severa religiosidad, siempre vivió aquel matrimonio como algo vergonzante a la par que pecaminoso. Para él, que merced a la bonanza de sus negocios se había hecho un nombre en Copenhague, aquello no dejaba de ser un matrimonio precipitado con una sirvienta. Una sirvienta que además de ser mucho más joven que él era, para mayor escarnio, prima suya. Tan poco se enorgullecía de aquel casorio que tras pasar por la vicaría decidió poner todos sus negocios en manos de sus administradores y retirarse de la vida pública. De la pareja nacerían siete hijos, cinco de los cuales, además de la madre, morirían antes de que Sören cumpliera los veintiún años. El trágico destino de los Kierkegaard convenció al padre de que alguna maldición pesaba sobre ellos desde el oscuro momento fundacional de la familia. Atenazado por esta sospecha, vivió el resto de sus días sumido en un hondo sentimiento de culpabilidad que tuvo su correlato en un régimen doméstico rayano en la teocracia. Así las cosas, Sören creció en un ambiente de aflicción y luto perpetuo que forjaría su carácter sumamente melancólico y reflexivo.

Siguiendo los pasos de su hermano y el dictado paterno, Kierkegaard comenzó los estudios de teología en la Universidad de Copenhague. Sus inicios fueron prometedores. Al igual que su hermano Peter, quien ya se había distinguido por ser un estudiante modelo, pasó los primeros exámenes con las mejores calificaciones. Sin embargo, a poco de comenzar su singladura académica Sören cambió las aulas de la universidad por los cafés y las tertulias de la capital danesa, como después harían

los estetas de sus obras. El joven filósofo había abrazado una vida licenciosa. Cultivaba gustos extravagantes y sus caprichos se traducían en generosas deudas a las que su abochornado padre tenía que hacer frente. Esta vida disoluta hacía explícito el rechazo que Kierkegaard sentía por la asfixiante atmósfera religiosa –preñada de sentimientos de miedo y culpabilidad– a la que había sido sometido por su padre desde la más tierna infancia. De hecho, entre padre e hijo se había establecido una difícil relación, mezcla de amor y temor, que sólo vería su final con la muerte del cabeza de familia, acaecida en 1838. Fallecido éste, Sören se vio libre para poder tomar sus propias decisiones. Terminó sus estudios de teología, comenzó a asistir al seminario para ordenarse e, incluso, llegó a hacer público su compromiso con la joven Regine Olsen. Parecía que por fin Sören Kierkegaard abandonaba las veleidades de juventud y ponía las bases para disfrutar de una vida regalada al solaz del matrimonio. Parecía, además, que Sören daba los pasos para una reconciliación póstuma con su padre y el plan de vida que éste había trazado para su díscolo hijo. No en vano, la petición de mano de Regine la hizo tras volver de una pequeña peregrinación a la aldea donde su padre nació y trabajó como pastor hasta la edad de doce años. Sin embargo, todo sería muy diferente.

Los hermanos Kierkegaard habían recibido una sustanciosa herencia al morir su padre. Sören, que con aquel dinero se veía libre de la necesidad de tener que trabajar o de acomodarse a un matrimonio ventajoso para vivir, comenzó a otear en el horizonte la posibilidad de dedicar su vida por entero a escribir y dar a conocer

sus ideas. Dicho y hecho. En 1841 abandonó a Regine e hizo otro tanto con el seminario y la idea de ordenarse. Defendió con éxito su tesis doctoral –titulada *Sobre el concepto de ironía*– y, a continuación, se marchó a Berlín con la excusa de asistir a los cursos que F. W. J. Schelling impartía en la universidad de dicha ciudad.

Schelling era uno de los grandes representantes del romanticismo filosófico. Su traslado a Berlín había sido patrocinado por las autoridades germanas, pues veían en su filosofía un lenitivo para la llamada «izquierda hegeliana». No en vano, su pensamiento decía superar el de Hegel. Aquel curso había sido ampliamente publicitado por todo el continente y a él acudieron oyentes de toda Europa. De hecho, es más que probable que Kierkegaard compartiese aula con unos jovencísimos Marx y Engels, el anarquista Bakunin o el historiador suizo Jacob Burckhardt. Kierkegaard, que para aquel entonces ya había comenzado a recelar del pensamiento hegeliano, acudió a Berlín con la intención de asistir a una crítica a fondo de aquel paradigma filosófico dominante, pero las lecciones de Schelling le decepcionaron profundamente. Sin embargo, su estancia en Berlín no resultó ser tiempo perdido. Aquel otoño-invierno Kierkegaard leyó y escribió con ahínco esbozando las líneas fundamentales de lo que habría de ser su primera gran obra: *O lo uno o lo otro*, publicada en 1843 bajo el seudónimo de *Víctor Eremita*. El texto inauguraba los años más prolíficos de Sören Kierkegaard como escritor. En los siguientes seis años, presa de un estado febril de composición que a la larga terminaría pasando factura a su salud, escribiría casi la totalidad de sus obras más logradas. En

1843 también se publicarían *La repetición y Temor y Temblor*. En 1844 saldría a la luz *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*. En 1845 vendría *Etapas en el camino de la vida*. En 1846, *Post-scriptum no científico y definitivo a las Migajas filosóficas*. En 1847, *Las obras del amor*. En 1848, *Punto de vista de mi actividad como escritor* (publicada póstumamente por su hermano). Finalmente, en 1849, se publicaba la importante *La enfermedad mortal o de la desesperación y el pecado*. A estas obras habría que añadir, además, todo un elenco de textos menores y la importante serie de los *Discursos edificantes*.

Sören Kierkegaard murió el día 11 de noviembre de 1855. Seis semanas antes había sufrido un colapso en plena calle y a pesar de que había sido trasladado al hospital los médicos no pudieron hacer nada por él. En los últimos años de su vida su actividad literaria mermó notablemente. Se había embarcado en una cruzada personal contra el cristianismo oficial, encarnado en la estatal Iglesia Luterana, y esta empresa fue la que consumió sus últimos esfuerzos. Kierkegaard fundó su propia publicación periódica, a la que llamó *El Instante*. Convertido en un clásico de la literatura satírica, el panfleto causó furor en su época. Armado con su fina ironía, Kierkegaard se dedicó a criticar sistemáticamente desde aquella su tribuna el cristianismo danés. En primer lugar cargó contra la Iglesia como institución, a la que reprochaba haberse convertido en poco más que un medio de vida para los pastores. En segundo lugar arremetió con fuerza contra el concepto de cristianismo que ésta predicaba. En una crítica acorde con sus postulados filosóficos, Kierkegaard denunció a los dirigentes de la Iglesia –todos ellos

formados al calor del idealismo— por haber convertido el cristianismo en un producto escolástico que omitía la dimensión existencial del mismo. Para Kierkegaard el cristianismo —pero, sobre todo, la experiencia de la fe— no era algo susceptible de ser reducido a una serie de proposiciones lógicamente deducibles. Ante todo era algo que debía ser vivido, pues la fe es pasión. En este sentido, resulta interesante comprobar que ya en *Temor y Temblor*, por citar un ejemplo tempranero, se haya *in nuce* el meollo filosófico de los furibundos ataques que en sus últimos años dirigió contra el cristianismo danés. En un fragmento en el que hace mofa, como tantas veces, de la obsesión hegeliana por el sistema, Kierkegaard sentencia a propósito de la fe: «Aunque se lograra reducir a una fórmula conceptual todo el contenido de la fe, no se seguiría de ello que nos hubiésemos apoderado adecuadamente de la fe de un modo tal que nos permitiese ingresar en ella o bien ella en nosotros»¹.

La crítica a la que Kierkegaard sometió a la Iglesia danesa colocó al filósofo en el punto de mira de la opinión pública. Convertirse en la comidilla de los mentideros de Copenhague aquilató más, si cabe, la imagen de hombre genial a la par que extravagante que el propio Kierkegaard venía cultivando con esmero desde su juventud. Pero la preocupación de Kierkegaard por el destino del cristianismo no era un capricho de última hora. Existía

1. S. Kierkegaard, *Temor y Temblor*, Madrid, Alianza Editorial, 2014 (2001), p. 67. Y la cita continúa: «El autor del presente libro no es en modo alguno un filósofo; es *poetischer et eleganter* un escritor supernumerario que no escribe Sistemas ni *promesas* de Sistemas, que no proviene del Sistema ni se encamina hacia el Sistema».

un hilo conductor que daba sentido a toda su obra y ése no era otro que la preocupación por cómo llegar a ser cristiano. Incluso los trabajos que por su temática pudieran parecer ajenos a dicho propósito –aquellos, por ejemplo, que, como el *Diario de un seductor**, tienen como objeto de estudio las relaciones amorosas y la seducción– eran justificados por el autor como sutiles argucias mayéuticas para atraer la atención de los lectores y llevarlos, después, al punto deseado.

Para el filósofo danés la vida es un ejercicio de elección libre y responsable entre diferentes maneras de realizar la propia existencia. Su pensamiento contempla tres modos de concebir la vida a los que etiqueta «estadios»: el estadio estético, el estadio ético y el estadio religioso. Cada estadio constituye un horizonte de sentido por sí mismo. La persona afincada en el estadio estético persigue el goce sensual y vive atrapado en la inmediatez del momento. No entiende de compromisos y hace de todo aquello que le rodea un medio para la obtención de placer. La persona que vive en el estadio ético, en cambio, es aquella que ha interiorizado normas de alcance universal y vive conforme a ellas. Otorga valor al compromiso, a la responsabilidad y, al contrario que el esteta, se relaciona con los demás haciendo de cada persona un fin en sí mismo. El matrimonio, en tanto en cuanto constituye una relación desinteresada de reconocimiento mutuo y proyección de futuro, es la relación ética por antonomasia. Finalmente, instalarse en el estadio religioso significa relacionarse con Dios a través de la experiencia de la fe: la

* S. Madrid, Alianza Editorial, 2014 (2008).

existencia más auténtica a la que puede aspirar una persona, pues sólo ante Dios adquiere plenitud la vida humana.

Esta perpetua preocupación kierkegaardiana por ser uno mismo –concreto y singular– ante Dios es la clave para entender la original visión filosófico-teológica de la vida desarrollada por el pensador danés. El hombre, por naturaleza, vive al albur de inclinaciones contradictorias. El hombre es finitud e infinitud al mismo tiempo; anhela libertad y necesidad a la vez; se siente eterno a la par que temporal. Tan sólo Dios, a través de la fe, es la fuente de la que mana el sentido capaz de hacer de los contrarios una síntesis perfecta en el seno del individuo. Kierkegaard dirá que claudicar y no asumir la tarea de buscar la plenitud en Dios es aceptar una vida inauténtica. Dirá, en última instancia, que es vivir en el pecado. Pues el pecado no es otra cosa que no querer ser uno mismo ante Dios.

En este sentido, la jerarquía de los tres estadios constituye una suerte de senda hacia la plenitud en virtud de la cual el hombre puede realizarse conforme a valores cada vez más elevados hasta plantarse frente a Dios. Pero el paso de un estadio a otro no está exento de dificultades y la vida de la mayoría de las personas se consume en los estadios inferiores. En la particular dialéctica kierkegaardiana de los estadios no hay lugar para la síntesis de contrarios –a saber, la mediación, o reflexión, que consiente la resolución de contrarios en una síntesis superior– tal y como ocurre en la hegeliana. Pasar de un estadio a otro significa romper de manera radical con la actitud de vida presente para abrazar algo nuevo y desconocido. De aquí que el danés juegue con la metáfora del salto al vacío para intentar expresar todo el dramatis-

mo que subyace al momento de la decisión. En la filosofía de Kierkegaard, el abismo que separa aquello que uno es de aquello que podría llegar a ser se llama angustia. Sin embargo, la angustia no tiene por qué ser algo que paralice. Al contrario, el dolor generado por la angustia se convierte en posibilidad de libertad en tanto que sacude al hombre y le hace reflexionar sobre el sentido de su vida. Esta sacudida a la que la angustia somete es la que tiene el poder de empujar al individuo a arrepentirse, asumir su pecado y superarlo dando el salto hacia un estadio cualitativamente superior. A mayor angustia, mayor perfección en el camino de la realización como individuo. En la filosofía de Kierkegaard, por tanto, la libertad y la responsabilidad, interpretadas a la luz de la relación de cada individuo con Dios, están indisolublemente unidas a los conceptos de angustia y pecado.

El salto, sin duda, más comprometido es aquel que lleva al hombre del estadio ético al religioso. Pasar del estadio estético al ético es, en última instancia, instalarse en el reino de la norma general y de las prácticas socialmente establecidas. Sin embargo, abrazar el estadio religioso significa, literalmente, abrirse a lo desconocido. Significa abrirse a un horizonte de sentido que sobrepasa la razón humana y frente a la cual la ética puede quedar suspendida. El prototipo kierkegaardiano del estadio religioso es Abraham, al que el filósofo danés bautiza como «caballero de la fe». Si cuando Dios pidió a Abraham que sacrificase a su hijo éste hubiera sometido la situación a examen racional, la habría rechazado de pleno. Pero Abraham, aferrado a la fe en vez de a la razón, resolvió aceptar lo absurdo y plegarse al mandato divino con la

esperanza de que en el último momento Dios evitaría semejante crimen. Y así fue. Lo que los avatares del bíblico Abraham ilustran es que dar el salto al estadio religioso significa estar dispuesto a sacrificarse y aceptar, en virtud de la fe, situaciones paradójicas que no encontrarán ni comprensión ni justificación en el seno de la sociedad. Kierkegaard explica que «cualquiera puede llegar a ser, gracias al propio esfuerzo, un héroe trágico, pero nunca un caballero de la fe. Cuando un hombre endereza sus pasos por ese camino, difícil en tantos aspectos, que es el del héroe trágico, puede contar con muchos capaces de aconsejarle; pero quien echa adelante por el estrecho sendero de la fe, no podrá encontrar a nadie que pueda darle una mano, nadie que pueda comprenderle»¹.

La alusión a la figura del héroe trágico, con el tema del sacrificio como telón de fondo, no es baladí. Máxime cuando en la biografía del propio Kierkegaard la cuestión de la renuncia, el sacrificio y su justificación van a ser una constante. Cuando el héroe trágico –pongamos un Bruto o un Agamenón– renuncia a la persona amada y la sacrifica por el bien de su pueblo, su hazaña siempre encontrará la admiración y la compasión de sus semejantes. La razón estriba en que el umbral de las gestas del héroe trágico siempre reside en lo general o ético y, por ende, en lo que al grupo y su interés atañe. Ahora bien, Abraham, por el contrario, no pretendía salvar un pueblo, ni mantener la idea del Estado. Su sacrificio responde única y exclusivamente a una prueba de fe que Dios le exige a él mismo y que a nadie más toca. Responde, si

1. *Ibidem*, p. 126.

se quiere, a un conversación privada entre Dios y Abraham en la que se pone en juego la fe del último, por lo que no cabe la participación de lo general como mediación. De aquí que el sacrificio de Abraham parezca guiado por el mero egoísmo aún cuando constituye la prueba palpable de un amor ilimitado por Dios. Tal y como Kierkegaard se encarga de subrayar una y otra vez, el aspirante a «caballero de la fe» debe estar preparado para caminar por un sendero angosto donde no podrá contar con la ayuda ni la comprensión de nadie.

En definitiva, la figura de Abraham sirve a Kierkegaard para ejemplificar que lo importante en la vida es romper con la inmediatez que preside los estadios inferiores y aceptar el reto de ser uno mismo delante de Dios comprometiéndose existencialmente con la fe.

Sobre *In vino veritas*

In vino veritas fue publicado en 1845 dentro del libro *Etapas en el camino de la vida*. El motivo central del libro es una cena en la que se dan cita cinco estetas, tres de los cuales son personajes ya conocidos en la literatura kierkegaardiana. Se trata de Juan el seductor –actor principal del *Diario de un seductor*–, Constantino Constantius –el confidente de *La repetición*– y Víctor Eremita –quien firma *O lo uno o lo otro*–. Los dos restantes responden a los nombres de «el hombre joven», por no haber llegado aún a las veinte primaveras, y «el traficante de modas», por tratarse, como dice el texto, de su condición social.

In vino veritas no relata, sin embargo, una cena cualquiera. Constantino Constantius, quien hará las veces de modélico anfitrión, establecerá el guión de una velada en la que cada invitado deberá pronunciar un discurso al finalizar el banquete, pero no sin antes haberse sometido a dos condiciones. La primera de ellas establecía que el orador, para poder iniciar su discurso, debía sentir los efectos del abundante vino con el que se había regado la cena, de tal manera que «se encontrara en ese estado peculiar en el que se le desata a uno la lengua y dices muchas cosas que en otro caso se guardaría muy bien de silenciar». La segunda condición tocaba al tema a tratar: se debía hablar de amor y de las relaciones entre ambos sexos. Kierkegaard juega aquí con la tradición de la literatura simposiaca, donde la presencia del vino, generosamente escanciado, ayuda a crear una atmósfera de camaradería y buen humor que prepara la disertación filosófica. En este sentido, el paralelismo formal entre la obra del filósofo danés y *El banquete* de Platón es claro. Sin embargo, las diferencias comienzan con las intervenciones de los invitados, pues si en el texto platónico los discursos se distinguen por su elegante y elevado tono, en el convite kierkegaardiano el carácter de éstos será muy otro. De los cinco personajes, sólo el joven –quien, curiosamente, confesará en su discurso no haber vivido jamás ninguna aventura amorosa– hablará del amor. Los demás no filosofarán sobre el amor, sino que se contentarán con compartir sus ideas –dependientes de su naturaleza de estetas– sobre la mujer.

El resultado es un texto provocador cuya naturaleza polémica cobra sentido en aquello que los especialistas

han dado en llamar la «comunicación indirecta» de Kierkegaard. De inspiración socrática, la comunicación indirecta no busca transmitir conocimientos dados, sino más bien persigue sacudir al lector y empujarle a tomar partido de manera autónoma frente a lo que se expone¹. En este sentido, los textos «estéticos» del filósofo danés como *In vino veritas* resultan argucias del propio Kierkegaard para captar la atención del lector y llevarle, después, donde a él le interesa: a la denuncia del estadio estético como lo opuesto al camino hacia una vida auténtica, que no es otra que aquella que consiste –como se dijo arriba– en relacionarse con Dios a través de la experiencia de la fe.

Nota sobre la presente edición

El texto que aquí les presentamos está basado en la traducción y notas de Demetrio Gutiérrez Rivero que Ediciones Guadarrama ofrece en el libro *In vino veritas / La repetición*, Madrid, 1975. Demetrio Gutiérrez Rivero fue el primer estudioso de Kierkegaard en España que llevó a cabo la traducción y edición de las principales obras del filósofo danés al castellano. *Obras y papeles de S. Kierkegaard* (Madrid, Guadarrama, 1961-1975, 11 vols.) es su legado.

Jorge del Palacio

Universidad Autónoma de Madrid

1. P. Gardiner, *Kierkegaard. A Very Short Introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, pp. 41-43.

Nota bibliográfica

I. Obras de Kierkegaard

Para aquellos estudiosos de Kierkegaard interesados en acudir a las fuentes originales existían, hasta hace poco, dos obras de referencia ineludible:

DACHMANN, A. B.; HEIBERG, J. L.; LANGE, H. O. (eds.), *Søren Kierkegaards Samlede Værker*, Copenhagen, Gyldendal, 1901-1906 (14 vols.).

HEIBERG, P. A.; KUHR, V.; TORSTING, E.; THULSTRUP, N.; CAPPELÖRN, N. J. (eds.), *Søren Kierkegaards Papirer*, Copenhagen, Gyldendal, 1909-1948 (16 vols.).

La primera de las obras citadas, cuya tercera edición data de 1962-1964 (reimpresa en 1978), alcanza ya los 20 volúmenes, es una recopilación de todas las obras publicadas por Kierkegaard. La segunda está constituida por sus diarios y escritos varios que nunca llegaron a ser publicados por el autor.

Actualmente un grupo de investigadores daneses trabaja para ofrecer una edición crítica definitiva que dará cabida tanto a las obras completas publicadas por el autor en vida como a sus diarios, notas, obras inacabadas y documentos biográficos:

CAPPELÖRN, N. J.; GARFF, J.; KNUDSEN, J.; KONDRUP, J.; MCKINNON, A. (eds.), *Søren Kierkegaards Skrifter*, Copenhagen, Gads Forlag, 1997- (55 vols.).

II. Ediciones más recientes de obras de Kierkegaard en castellano

- Diario de un seductor*, Madrid, Alianza Editorial, 2014 (2008).
El concepto de la angustia, Madrid, Alianza Editorial, 2013 (2007).
El instante, Madrid, Trotta, 2006.
Escritos de los papeles de alguien que todavía vive. Sobre el concepto de ironía, Madrid, Trotta, 2000.
La enfermedad mortal, Madrid, Trotta, 2008.
Los lirios del campo y las aves del cielo, Madrid, Trotta, 2007.
Migajas filosóficas o un poco de filosofía, Madrid, Trotta, 2007.
O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida I, Madrid, Trotta, 2006.
O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida II, Madrid Trotta, 2007.
Temor y Temblor, Madrid, Alianza Editorial, 2014 (2001).

III. Algunas obras sobre Kierkegaard

- ADORNO, T., *Kierkegaard: construcción de lo estético*, Madrid, Akal, 2006.
CAÑAS, J. L., *Søren Kierkegaard. Entre la inmediatez y la relación*, Madrid, Trotta, 2003.
GARDINER, P., *Kierkegaard: A Very Short Introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 2002.
GARFF, J., *Søren Kierkegaard: a Biography*, Princeton, Princeton University Press, 2005.
HANNAY, A., *Kierkegaard: a Biography*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
– y MARINO, D., *The Cambridge Companion to Kierkegaard*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
HARSTHORNE, M. H., *Kierkegaard: el divino burlador*, Madrid, Cátedra, 1992.
KIRMMSE, B. H., *Kierkegaard in Golden Age Denmark*, Indianapolis, Indianapolis University Press, 1990.

Nota bibliográfica

- (ed.), *Encounters with Kierkegaard. A Life Seen by His Contemporaries*, Princeton, Princeton University Press, 1996.
- LARRAÑETA, R., *Kierkegaard (1813-1855)*, Madrid, Ediciones del Orto, 1995.
- PRINI, P., *Historia del existencialismo: de Kierkegaard a hoy*, Barcelona, Herder, 1992.
- VARDY, P., *Kierkegaard*, Barcelona, Herder, 1997.